

Justo Lipsio, el principal de los estoicos de la *edad sombría*, nacido en 1547, escribió su *obra magna*, intitulada *Diferentes lecturas*, que consta de tres libros. Profesor en Lovaina, fué cronista del rey de España. Las otras obras que escribió continuaron la fama de su producción primera.

Pero, si *Justo Lipsio* es grande, más grande fué el que por antonomasia fué llamado el *sabio*, en la centuria décimatercera. Todos entenderéis a quién aludo; todos sabéis que fué el autor de más talento de su siglo; que escribió en lemosín y en catalán; que Francia nos lo disputa; pero que la misma Universidad de Montpellier, ochenta años después de ocurrida la muerte del grande hombre, dijo *Villanovani catalanim scholam Salerni...*, en la portada de unos *Comentarios* fundados en los escritos de *Arnaldo de Villanova*. El maestro del mallorquín Raimundo Lulio, fué, señores, este gran coloso.

Vivimos, señores, en un constante equívoco en el concepto histórico de la civilización que Roma nos prestó. Los datos anteriores a la época romana es cierto que, en concepto de anales, escasean; pero yo hallo otros datos más claros, más evidentes, más tangibles, más palpables, que me dicen, con la irresistible elocuencia de los hechos, que nuestra patria fué *en todo* adelantada, *mucho antes* de que se tratara con romanos. Por ventura, si hubiésemos sido un pueblo primitivo, ¿hubiéramos tenido, como consta que tuvimos, ciencias, industrias, arquitectura, comercio y artes? Sin

una organización militar de *nación de primer orden*, ¿hubiéramos derrotado tantas veces como rendimos a tantos y tan formidables adalides, ante quienes temblara el mundo entero y que se llamaron César, Metelo, Escipión, Pompeyo, Augusto y otros infinitos que no puedo reseñar y cuyos héroes sólo pudieron hacerse dueños de nuestra heroica tierra por el peso del número inmenso de soldados que constantemente nos estaban expidiendo?

No es posible la improvisación de cosas grandes: todo necesita *evolución*. Las grandezas que estamos registrando no pudieran comprenderse si partiéramos tan sólo de la época en que vinieron a España los romanos con el exclusivo fin de conquistarnos.

A mediados del siglo xvi apareció el primer humanista de este siglo: nació en Salamanca, se llamó *Francisco Sánchez*; el vulgo le conoció por el *Brocense*. La celeberrima escuela de Port-Royal se nutrió de su célebre *Minerva* para la redacción de su gramática latina.

En un siglo que tiene fama entre nosotros de estéril y perdido para la noble labor intelectual (el siglo xvii), se cuentan nada menos que *cuatrocientos autores* los que honran a nuestra insigne patria. Su enumeración resultaría excesivamente extensa, y para *este Acto* inadecuada.

Pero aun hay más: acostumbrados como estamos a prestar culto ferviente a los filósofos que en Alemania se han multiplicado y prodigiosamente prosperado, no se nos ocurre remontarnos a las *fuentes* de una sabiduría tan excelsa; no se nos ocurre considerar que aquí en España está la *mina*, adonde fueron a buscar los materiales. Ignoramos, o aparentamos igno-

rarlo, que los grandes sabios de aquellas regiones nebulosas han libado nuestras más brillantes glorias, llámense éstas Cano, Maldonado, Arias Montano, los Luises de Granada y de León, Santa Teresa de Jesús, Nebrija, Juan de la Cruz, Mariana, Soto Suárez y cien y cien nombres a cual más grandes y sublimes que han fundado el *edificio solariego* de la filosofía patria en las literaturas bíblica y profana; que fueron los constructores de las letras, así divinas como humanas; que desterraron la exageración de la escolástica; que modernizaron a los filósofos mundiales.

¡Qué país tan *atrasado* nos va resultando nuestra España!

XV

Todo lo referido con ser tan grande, aun, a mi entender, es superado. Un gran filósofo, *Raimundo Sabunde*, Sabunda, o Sant-Sebeide, nacido en Barcelona a mediados del siglo xiv, escribió entre otras obras, un Tratado, que no parece engendrado en mente humana. Titúlase *Las Criaturas* o *Grandioso tratado del hombre*; y todo lo que he podido leer en filosofía, teodisea, ética, moral y religión, puedo asegurar que no me ha deleitado ni arrobado tanto como su lectura.

Fué tan admirado en una época en que el intercambio intelectual estaba en sus albores, que se le llamó desde París, para que contribuyera a honrar aquella Universidad por tantos títulos ilustre. Pero, al llegar a Tolosa, se le prohibió seguir más adelante; y entonces no le cupo otro recurso que establecerse en esta última ciudad, donde enseñó por largos años

hasta que la muerte, en 1432, le permitió el descanso que ya no podía retardarse más.

De esta obra se publicaron tantas ediciones, que, desde la de Estrasburgo, en 1496, hasta las que vieron la luz pública en París, Francfort, Lión, Países Bajos, Venecia, Amsterdam, puede decirse que ocupó las prensas de todas las naciones ilustradas.

He gozado ya tanto en su lectura que sería ingrato si dejara de consignar que una de las creaciones que más impresión han dejado en mi conciencia es, indudablemente, la del *Grandioso tratado*; pues me parece imposible que en tiempos tan oscuros se tuvieran, por hombre nacido de mujer, intuiciones tan evidentes y tan claras. El capítulo referente a *Los anillos intermedios*, que enlazan los cuatro grados de la escuela natural; el de la *Conexión* y el de la *Harmonía de los seres entre sí*, no parecen otra cosa que precursores de las teorías darwinianas. La explicación de todos los mundos suspendidos en el cielo, la idea de la rapidez de la propagación de la luz, la hipótesis de que las estrellas son soles que rigen tierras y éstas a su vez a sus satélites, parece ser un tratado de astronomía de hoy: el concepto de la redondez de la tierra no se concibe como en aquellos tiempos, hubiera cerebro de hombre que la pudiera concebir. ¡Qué hombre tan eximio, qué cerebro tan potente, qué alma tan clarividente, el hombre, el cerebro, el alma, del barcelonés Saunde, médico, filósofo y teólogo a la vez!

Pero ¿por qué motivo los sabios extranjeros, nos tienen relegados a tan injusto olvido? ¿Acaso desconocen nuestra historia? ¿Por ventura ignoran que tenemos también nuestro pasado?

No; no es esto: todo se debe a nuestra propia negligencia; lo que sucede, en este raro caso, es que *España no se ha cobrado jamás, en interés de jama, la moneda de oro de sus grandes enseñanzas*. Y como nosotros no hemos puesto empeño en que fueran admitidas nuestras glorias, pocos han sido los que se impusieron tal trabajo.

XVI

Señores, permitidme algunos segundos de descanso para penetrar en otra región de nuestras glorias.

Voy a bosquejar en una breve pincelada, la historia entera de la Medicina patria. No temáis que divague: seré breve: voy a limitarme a cuatro rasgos; pero si resultan escasísimos en número (para no fatigar vuestra benévola atención), serán tan recios y robustos, que bien podrán sentarse y asegurarse en ellos los adelantamientos mundiales más modernos.

Cuando el mundo intelectual vivía sólo de tres nombres (Hipócrates, Aristóteles y Galeno), cuando nadie dudaba de la infalibilidad de estos tres sabios; cuando se consideraba profanación imperdonable, temeridad imposible, sacrilegio infame, dudar siquiera de un concepto, de una frase, de una palabra, emanada de la cabeza de tales semidioses, aparece en la arena científica del mundo un hombre de tal género, que antes que admitirlo como sabio se le vino a considerar como vesánico; era osado hasta la temeridad, potente como ninguno; grande como un héroe de los que se mueven en la *Iliada*. Tan osado se presenta en el palenque, que viene a negar la estructura anatómica del hombre, que

sus antecesores, sumisos a la autoridad del gran Galeno, venían admitiendo como verdad intangible; como artículo de fe.

Este hombre es natural de Bruselas, en unos días en que Bruselas formaba parte del florón de España. Dice valientemente que la estructura del hombre no es conocida; que todos sus antecesores incurrieron en error.

Y para desmentir tan temerario aserto, contravieniendo a toda ley, despreciando las costumbres, no pensando en los peligros, no preocupándose ni por el castigo que acaso le acechara, sale de noche, armado sólo de una corta espada; se dirige a Montfaucon; va a las horcas, que en aquellos siniestros días eran árboles de triste fruto, constantemente renovado; corta la cuerda que suspende el cadáver del pobre condenado; se bate con los cuervos, que en lúgubres bandadas buscan, en el instrumento de suplicio, el obligado alimento que jamás le niegan aquellas negras noches; carga el cadáver sobre sus espaldas, llega a su casa, lo extiende en una tabla, lo divide, lo analiza, lo disecca... y ve que todo el mundo anduvo equivocado; y se atreve a desmentir al gran Galeno; y ante una temeridad de tal especie, se hace acreedor a la general reprobación, y, rechazado por el mundo sabio, sólo oye las palabras de loco, visionario o renegado.

Este hombre, este sabio, este héroe, este anatómico, que transforma la Anatomía por su única y exclusiva autoridad, es español y se llama, como no ignoráis, *Andrés Vesalio!*

Pero si esto es grande, hay otra cosa más grande todavía: en el caso de Vesalio, se trata de un héroe de la ciencia; de un temerario que no vacila en arrojarse

contra una superstición general: de un hombre que lucha contra un pueblo.

Pero, si en el siglo xvi pudo encontrarse un hombre tan valiente, tan ilustre, tan superior a las preocupaciones de una época que presencié el Renacimiento en sus albores, más grande nos aparece *un pueblo entero*; diré, tal vez mejor, una *nación* que en un siglo anterior, a tan notable fecha, ya supo desterrar preocupaciones, burlarse de supersticiones arraigadas, romper todo consorcio con el obscuro fanatismo, y dar al mundo el más evidente testimonio de una ilustración, en aquellos días del obscurantismo, que más parece imaginada que real.

Me refiero, señores, a esa ciudad de Barcelona cuya apología intelectual hoy celebramos.

Voy a citaros únicamente un caso, para no molestar vuestra atención.

En el precioso libro intitulado *Algunes coses assenyalades*, existente en el archivo de este Ayuntamiento, y que, con autorización debida, se imprimió en el año de 1878, se lee que a 15 de marzo de 1442, fué ahorcado un individuo denominado Lobeck, y que, poco después de ajusticiado, *se entregó su cadáver* a los cirujanos que lo habían pedido *para que hiciesen anatomía de él*.

Y esto (lo consigna el libro), como *la cosa más natural del mundo*; como práctica corriente, como tantos hechos vulgares y triviales en que abunda extraordinariamente el documento. ¡Quién sabe desde cuántos años se estaría practicando en Barcelona la *técnica anatómica*! ¡Y pensar que un siglo más tarde era práctica muy poco usada en la capital de Francia, la disección de los cadáveres por parte de los que enseñaban anatomía humana!

XVII

Si esto os admira, os recomiendo que guardéis, en vuestras capacidades psicológicas, sitio bastante para cosas asombrosas; pues en verdad os digo y asevero que otros portentos, en breves líneas, os voy a relatar.

Si la revolución efectuada por Vesalio en el conocimiento de la estructura de nuestro propio cuerpo, eleva a España, por encima de todas las naciones, en lo que se refiere a certidumbres anatómicas, también a España debe, el mundo de los sabios, las bases ciertas en que la Fisiología se asentó.

Dos grandes funciones presiden y dominan a la maravillosa escena de la vida: las del *Sistema nervioso* y las del conjunto del *Circulatorio*.

Respecto a las primeras, nadie igualó, remotamente, a la insigne *doña Oliva Sahuco de Nantes Barrera*, la cual, en su inmortal obra *Nueva filosofía de la naturaleza*, describe, bajo el nombre de *Suco nérvico*, una fisiología entera de la inervación junto con la anatomía que era humanamente posible en aquel remoto tiempo.

Y en cuanto a la circulación, que persona alguna había previsto, ni siquiera imaginado (ni Hipócrates, ni Erasistrato, ni Herófilo, ni Galeno, ni Vesalio mismo), en cuanto a la circulación es toda ella, toda absolutamente gloria española y nada más que española. Lo demostraré, rigurosamente, por orden de fechas incontrovertibles: España se anticipó de diez años a Italia en el conocimiento de la circulación pulmonar,

y de más de siglo y medio en el de la circulación general.

Miguel Servet, natural de Villanueva de Aragón, en una obra teológica, describe admirablemente la circulación pulmonar. Comentando un concepto del *Deuteronomio*, en el que dice que el alma está en la sangre, busca esta alma desde el corazón, y observa que del derecho se dirige a los pulmones, y desde éstos regresa por la aurícula al corazón izquierdo; que la sangre que fué a los pulmones es negra; que la que sale de los pulmones es roja y rutilante. Le sucedió lo que a Colón, que queriendo buscar un paso para llegar a las regiones en que nace el sol, le ocurrió seguir su curso cuando aquí se está poniendo, y, sin haberlo sospechado, se encontró con que había descubierto un nuevo mundo. Miguel Servet, buscando el alma, se encontró, sin, tampoco sospecharlo, con que había descubierto la circulación pequeña. Es que, señores, es de índole tal el genio humano, que los grandes hombres *siguen siendo grandes hasta en los errores* que tal vez cometen.

Esta figura de Miguel Servet, ya nos la respetan los sabios extranjeros; sólo los italianos, entusiasmados con Colombo y Cesalpino, quieren reivindicar toda la gloria para ellos; pues dicen que no tuvieron noticia del libro de Servet (publicado con diez años de anterioridad), cuando acertaron a descubrir la circulación de los pulmones. Dejémosles en esta patriótica ilusión, pues también el alma se alimenta de ilusiones.

Pero en lo que todo el mundo, sin excepción alguna, está conteste; lo que todos afirman; lo que nadie, ni los mismos españoles se atreven a refutar, es en el descubrimiento de la *circulación general*, que, dicen, es debido absolutamente a *Guillermo Harwey*. Este asen-

timiento, en todo el mundo, es unánime. Pero ¿es realmente cierto? ¿Fué Guillermo Harwey el primero que conoció, dijo y escribió, que la sangre *circula* en todo el cuerpo?

Señores, por más que lo leáis en todas las obras de Fisiología humana y comparada, de Zoología, de Anatomía, de Historia y de cualquiera ciencia, tanto escrita en el extranjero como en España publicada; os ruego encarecidamente que no lo creáis. Dejad hablar a los textos escritos, de hombres muertos, y juzgad entonces por vosotros mismos.

Guillermo Harwey publicó su obra *Exercitatio anatomico de motu cordis et sanguinis in animalibus*, en el año de gracia de 1628. Y aquí, en España, además de *Lovera de Avila*, en 1544, de *Pedro Gimeno*, de Valencia, en 1549; del barcelonés *Bernardino de Montaña y Montserrat*, en 1551; autores todos que, si bien supieron conocerla, quizá carecieron de lucidez bastante para hacerla penetrar en la inteligencia del lector; aquí, en España, tuvimos un hombre, de cuyos trabajos no se hizo a buen seguro, el merecido aprecio. Aquellos tres autores lo dijeron *todo, menos la palabra mágica*, que debía revolucionar la Medicina. Este la *dijo*, y con tanta claridad, que no es posible se sostenga por más tiempo, que sea Harwey el primero que tal vocablo imaginó.

No se trata de un doctor en Medicina, sino de un veterinario zamorano. Se llamaba *don Francisco de la Reyna*, el cual escribió una obra con el título de *Libro de Albeyteria*, en el año de 1564, que había sido compuesto diez y ocho años antes de esta fecha de impresión. En él se lee (hablando del caballo): «... por manera que las venas de la parte de fuera, tienen por oficio llevar la

sangre para arriba: por manera que la sangre *anda en torno y en rueda* por los miembros y venas.» *Andar en torno y en rueda*, es CIRCULAR; así, esta palabra se pronunció en España, mucho tiempo antes que la de *circulación*, en Inglaterra.

Para que veáis el gran mérito de España, pensad en lo que significa, en Fisiología, en Patología, en Terapéutica, la circulación general y pulmonar. Antes de comprenderla, la Fisiología no existió; la Medicina andaba vacilante; la Terapéutica era un *tanteo continuado*. Después, cuando fué revelado el *gran misterio*, todo cambió radicalmente: ya se supo para qué servía el corazón, las arterias, las venas, se adivinaron los capilares. Se vió que la sangre no es el *océano* con su *flujo y reflujo* alternativo, como Hipócrates creyera, sino que *es todo* nuestro cuerpo: lo que *fué*, lo que *es*, lo que *será*, pues que se compone de desgastes incesantes, pues que nos está formando siempre, pues que se convertirá en *hueso*, en músculo, en nervio, en piel, en membrana interna, en glándula, en cerebro. Todo va al corazón y todo sale de él. El sistema circulatorio es la *vía Augusta* que conduce al centro del imperio, todo lo que le aportan las colonias y que reparte a estas colonias, lo que de todos los confines recibió.

Estimo inútil, y para vosotros quizá fuera molesto, continuar ya por más tiempo en la reivindicación de esta nueva gloria para España. Es tan elocuente el hecho, que la palabra resultaría impertinente, por ser innecesaria y, por consiguiente, ociosa.

No obstante, para no faltar a la justicia, debo confesar que el descubrimiento de *la Reyna* en nada rebaja el mérito del gran autor inglés; pues no creo probable que llegara a su noticia la existencia de una obra de

un sabio, pero modesto, veterinario español, en una época en que los medios de publicidad anduvieron tan escasos.

Sin embargo, España iba produciendo inventos cada día. Y no sólo esto, sino que utilizaba para el adelantamiento de la ciencia, toda invención procedente de otro país: así tenemos, que en Barcelona, en 1475, se imprimió la primera obra en Medicina, que viera la luz pública en España. Fué escrita por *Valesco de Taranta*, traducida del portugués al castellano por Juan Vila, y se denominaba *Epidemia y peste*.

XVIII

Pasemos a otros años, a otros hombres y a otra clase de manifestaciones del saber.

Nadie negará que las dos formas más trascendentales del progreso que han cambiado en absoluto la faz del mundo entero, son las referentes a las *aplicaciones mecánicas del vapor*, y la relativa a la *comunicación de la palabra por medio del telégrafo*.

Por dicha nuestra (y voy a recordaros lo que muchos de vosotros ya sabéis), *aquí mismo*, en nuestro puerto, en nuestra ciudad de Barcelona, en aquellos viejos tiempos del emperador Carlos I de España y V de Alemania, un buque sin velas y sin remos, provisto de dos ruedas colocadas, respectivamente, una a babor y otra a estribor, con una *gran caldera llena de agua hirviendo*, navegó por espacio de largas horas y regresó a estas aguas; y esta histórica excursión (la primera por medio del vapor), fué presenciada por el gran monarca, quien quedó tan satisfecho del genial invento, que con-

cedió grandes honores a don Blasco de Garay, recompensándole además, con la cantidad de 200,000 maravedises, que en aquella época resultaba enorme.

Si por tratarse de una invención tan portentosa, hubiera alguien que tratara de rebajar este prodigio, y no concibiera que España se adelantara en dos centurias a la locomoción por medio del vapor, le recomendaré que se dirija al *Archivo de Simancas*, y lea una nota redactada en 1825, en presencia de una documentación severa, constituida por textos originales de aquella época, en donde podrá convencerse de una porción de cosas: 1.º de que Blasco de Garay era capitán de la Marina; 2.º de que participó su descubrimiento a Carlos V en el año de 1543; 3.º de que por orden del emperador se hicieron los ensayos en el puerto de Barcelona el día 17 de junio de dicho año; 4.º de que el barco desplazaba 200 toneladas; 5.º de que había en él una gran caldera de agua hirviendo y una rueda a cada lado del buque, así como muchas otras piezas de la máquina; 6.º de que navegó con gran facilidad y 7.º de que el acto fué presenciado por gran número de marinos españoles y extranjeros, quienes quedaron admirados, así como el mismo emperador, el cual, además de conceder un grado al capitán y de pagar todos los gastos, le regaló, según os digo, una cantidad grande en metálico.

Acudid, para haceros cargo, del *segundo gran invento*, a esta Real Academia de Ciencias y Artes, y leed lo que en ella según entiendo, consta respecto a los trabajos de nuestro insigne Salvá y Campillo, ilustre maestro de aquella Real Corporación, de la cual me honro en ser uno de sus miembros. Allí podréis convenceros de que el *telégrafo eléctrico*,

ideado por Salvá y Campillo, se ensayó en el año de 1796.

Y llegando a días más cercanos, recordemos entusiasmados lo que hemos presenciado algunos, quizá, de los presentes. De uno, yo os lo aseguro, pues es precisamente, quien agradece vuestra atención en este instante.

El admirable invento de la *navegación submarina*, con todas sus aplicaciones y con todas sus asombrosos mecanismos (el invento del catalán *don Narciso Monturiol*) es el asunto a que voy a referirme. Era yo muy niño todavía, cuando se realizó, con éxito pasmoso el ensayo del *Ictíneo* o *Barco pez*: La reina Isabel II se encontraba en Barcelona; O'Donnell era Presidente del Consejo, el Ministro de Marina se sumergió con el inventor, hasta tocar el fondo del muelle de la Riva. Yo era espectador de tan extraño caso: un barco sumergióse, llevando tripulación, sin comunicación alguna con la atmósfera. ¡Cuánta ansiedad, cuánta zozobra, cuál palpar del corazón, hasta que, después de un tiempo inacabable, ví como el barco sumergido reaparecía en la superficie de las aguas! Recuerdo el indescriptible aplauso de la inmensa muchedumbre que por todas partes se estrujaba. Lloré por la emoción que en aquellos minutos (horas, siglos para mi ansiedad) agitaba todo mi cuerpo, entretelándose en las fibras más recónditas de mi angustiado corazón, que aquel día comprendió lo que era un héroe, después de haber sido injertado en cerebro de hombre sabio.

¡Qué días aquellos! España acababa de triunfar en el vasto imperio de Marruecos; el general Prim, los voluntarios catalanes, el ejército todo, eran el solo objeto de las conversaciones, en el momento en que

se reunían un par de hombres. En las casas se respiraba ambiente de victoria; victoria, decía el niño que salía del colegio; victoria, el ciego que cantaba romances en las plazas; victoria tocaban las campanas; victoria, decían las vendedoras y las cocineras; en las tiendas y mercados, en los cafés, en los teatros, en las boticas, barberías, casinos, bolsa, cuarteles, hospitales, corrillos, vendedores ambulantes, en todos sitios y lugares, sólo se percibía el grito agudo, claro y entusiástico, el hermosísimo vocablo de *victoria!*

¡Desde aquel día me enamoré de mi patria, y desde entonces jamás le he sido infiel.

Antes de este invento del insigne Monturiol, Barcelona había tenido otras jornadas de gloria. En su Real Academia de Ciencias, se sacaron *fotografías* en 1839. En ella, el sabio Roura, inventó en 1848, la *pólvora blanca*, que tan gran papel debió jugar más tarde. Y el ilustre químico Doménech hizo, en la misma Corporación, en el año de 1852, experimentos brillantísimos referentes a la *luz eléctrica*.

¡Cuánto se va agrandando nuestra España a medida que desarrollamos el admirable lienzo de su historia! ¡Cómo crece, cómo se mueve, cómo se agita, cómo acciona, cómo vive! ¡Cómo levanta su cabeza para dominar el cuadro en que la humanidad en tiempos pasados se agitara! Días largos han pasado desde entonces; se ha esfumado el recuerdo de los hechos; el espeso sedimento del ingrato olvido se ha ido depositando lentamente; cerrando hasta el sepulcro, que siempre en los nobles corazones está abierto, para admirar y llorar a los que fueron.

¡Cuán grande no será el caudal de riquezas que encierra nuestra patria, si después de tantos siglos de arrojarlas para fuera, todavía resurgen brotando del seno de la tierra, deslumbrando con su brillo, conmoviendo con su fuerza, espantando con su mítica grandeza, a los que casi carecemos de valor para compararnos, siendo vivos, con aquellos gigantes que son muertos.

¡Cuánto trabajo negativo venimos haciendo desde largo tiempo!

Destrozamos el idioma castellano; despreciamos los idiomas regionales: Tratamos con menosprecio a los sabios que existieron, negamos fe de vida a los de hoy.

Todo lo nuestro nos parece malo; todo lo extraño nos parece bueno: todas las grandezas reducimoslas a polvo. Imitamos todo fantástico delirio, con tal de que se haya engendrado en otros pueblos.

Pero, a pesar de lo que hacemos en menosprecio de nuestra propia casa, ésta no puede hundirse ni perder su crédito. ¿Acaso somos una familia que ha venido a menos? Nada de esto: la España de hoy conserva y perpetúa sus energías primitivas. ¿Acaso España es pobre? Jamás pidió limosna. ¿Acaso es ignorante? ¡Si ha enseñado a todo el mundo! ¿Es débil por ventura? Jamás cedió ante la amenaza. ¿Indigna? Nunca. En su larga historia no se ve un episodio en el que se diga que humilló su frente y que dobló su cuello ante las horcas caudinas, que se le presentaron quizá en luctuosos días.

Cuanto más me hundo en las *capas geológicas* de la historia patria, tanto mayor número de inconcebi-

bles riquezas van apareciendo a mi mirada. No acabaría nunca, si no *sacudiese bruscamente* mi atención y no me *elevara* hasta las *alturas del nivel del suelo*.

Pero aquí me está esperando una nueva sugestión. ¡Cuántos tesoros divierten mi atención y la deslumbran!

XIX

Aquí, en esta *capa* de hoy, *no ya enterrados* como los hombres de la historia, sino *caminando* activamente sobre el suelo e iluminados con los esplendores de nuestro hermoso sol, me hallo frente a frente, cara a cara, a *tiro de palabra*, con vosotros; con vuestras aptitudes, vuestras obras, vuestros trabajos, vuestros triunfos, en el noble palenque de la cátedra. Aquí siento el orgullo de consideraros como compañeros; la satisfacción de contaros como amigos, respecto a algunos, con el placer de haberos visto mis discípulos; respecto a *todos*, con la alta honra de teneros, sin excepción alguna, por maestros.

Cuando os veo aquí, en haz apretado de *jalange de la ciencia*, contemplo en vosotros la *resurrección* de nuestra patria. Porque vosotros valéis tanto, que sólo vuestra modestia, inverosímil, ha sido causa de que no se os conociera. Y yo entiendo que la modestia, que tan bien sienta al individuo, es delictiva, perdonadme esta ficción, cuando éste hace uso de ella, para cosas grandes de su propia patria.

No, no podéis ser modestos; no tenéis derecho a ello. Y no podéis serlo, porque sois funcionarios; dependéis directamente del Estado; estáis más en contacto directo con la patria; tenéis el deber de enalte-

cerla, y fuera en vosotros mayor pecado, denigrarla. Y pensad que no sólo se peca por comisión, sino también por omisión.

Al que os diga que aquí nada se enseña, demostradle su ignorancia, y os bastará para ello poner en evidencia su estultez. Preguntándole qué materias son las que dejan de enseñarse en las Universidades españolas; qué procedimientos didácticos se omiten; qué método es vicioso; cuál criterio es reprobable; dónde están las deficiencias; dónde las superabundancias extranjeras. Y, cuando le hayáis sometido al interrogatorio, que le hará sudar sangre por sus poros, decidle lo que hacéis, lo que estudiáis, lo que pensáis, lo que constantemente meditáis; lo que enseñáis en vuestra cátedra y la improba labor a que venís dedicando vuestra vida, para que en recompensa de tanto sacrificio, se os diga por el primer advenedizo, que mucha veces resulta analfabético, que no sabéis, que no queréis, que no podéis cumplir religiosamente, con el deber sagrado de vuestra noble, elevada y majestuosa investidura.

Y ahora, voy, señores, a la entraña del asunto. Véome obligado, mal que os pese, a ocuparme individualmente de vosotros. No tengáis cuidado; seré breve; pero me es forzoso hablar de todos y de cada uno. No tenéis derecho para ruborizaros por lo que yo pueda decir: no es a vosotros a quienes en este momento mi inteligencia se dirige: es a mi patria de que formáis, como yo, parte integrante.

Partiendo del principio de que no hay efecto sin causa que lo explique, he procurado penetrar por medio de las leyes de la lógica, a qué causa obedece el inmerecido desprestigio de las Universidades españolas: me he remontado a días anteriores a los de ahora, co-

menzando por la época en que empecé a estudiar y siguiendo más arriba, y más arriba cada vez, me he encontrado con que hubo un tiempo, en que se abominó de todo estudio.

Ya tuve la clave de todo lo que ocurre. Trátase simplemente de un caso de atavismo. La verdad que comprendí, me sugirió la natural explicación. Esta en nada nos deshonra, pues es cosa propia, de todo camino progresivo.

Ha habido en España, como hubo en todo el mundo, sus épocas de eclipse intelectual. Pero se trata sólo, como he dicho, de una de las formas inherentes al progreso. Bien sabéis, señores, que si tuviéramos que trazar su gráfica, no nos valdríamos de una línea recta, sino antes al contrario, de una curva; y ésta, en forma de espiral, para significar que avanza culebreando; como si al dar un paso retrocediese un poco, con el objeto de tener mayor espacio para lanzarse a otro paso progresivo. Bien así como en la construcción de una escollera, cuando las piedras arrojadas han alcanzado cierta altura por encima de las aguas, viene una oleada, la derriba, la dispersa; y parece que con esto se perdió mucho trabajo. Pero no sucede así, sino que, al ser derribado el muro artificial, se *derrama* por los lados de la gran pirámide, para darle mayor anchura, mayor base, mayor solidez, mayor estabilidad, con que pueda resistir oleadas nuevas y temporales sucesivos.

Así, estos *eclipses*, no significan otra cosa que *descansos*, para lanzarse las inteligencias nuevas a mayor altura, en el infinito espacio de la esfera intelectual.

XX

Para que os acostumbréis al merecido elogio, romperé la modestia, habitual en nuestra casa, hablándoos de *ausentes*: unos vivos, otros muertos; pero todos pertenecientes a nuestras glorias contemporáneas, y todas, como veréis, indiscutibles.

Preguntad a los ingleses por un maestro de esta casa que aquí tenemos olvidado. Me refiero al insigne catedrático de esta Facultad de Medicina, el doctor don Antonio Gimbernat. A él se debe un descubrimiento anatómico, de incalculable trascendencia práctica: el de un ligamento por nadie hasta entonces sospechado, que permitió, para siempre más, una operación casi imposible: la operación de la hernia. Aquí, repito, como cosa nuestra, le hicimos a este sabio poco caso. En cambio, el *Real Colegio de Cirujanos de Londres*, ante cuya Asamblea demostró dicho órgano, y, al propio tiempo operó una hernia estrangulada, con éxito feliz, le prodigó tantos elogios, le demostró tal entusiasmo, que él, modesto como siempre lo es el sabio, sintió como el rubor calentaba sus mejillas y advirtió con vergüenza, el enrojecimiento de su cara, ante aquella honorable Asamblea, de eminencias médicas.

Preguntad a la Facultad de Medicina de París, cuál fué el químico y médico-legista de mayor talla que jamás tuviera, y os contestará, sin duda alguna, que el español *Orfila*, a quién eligieron por decano de tan ilustre Escuela. Preguntad por el más conspicuo profesor de Terapéutica que tuvo Francia al fina-

lizar el siglo próximo pasado, y os contestarán, sin vacilar, que *Dujardin Beaumetz*, hijo precisamente de esta ciudad de Barcelona. Preguntadles quién ha sido el más grande especialista en enfermedades que París llamó a su Facultad, y os dirán acto continuo, que el español *Albarrán*, que estudió toda su carrera en la Facultad de Barcelona.

Id por todo el mundo, en noble *rebusco de glorias españolas*: preguntad por el histólogo más grande, y todo el mundo os contestará que este gigante es español; que fué catedrático de Zaragoza, después de Barcelona, ahora de Madrid y que se llama *Ramón y Cajal*. Si queréis que os digan quién fué el mayor polígrafo, oiréis el nombre de *Menéndez y Pelayo*, discípulo de esta Universidad y más tarde catedrático de la Universidad Central; si el mejor orador, que *Castelar*; si el catedrático más enciclopédico, el catalán *Balari*, honra también de esta Universidad de Barcelona; si el helenista más eximio... preguntadlo a Grecia y allí os contestarán.

Antiguamente, en los combates de cortesía, cuando un hombre solo desafiaba, uno a uno a cuantos adalides quisieran presentarse, por regla general, no se entretenía en escaramucear, sino que tocaba con su lanza el escudo de quién consideraba más valiente; y así los otros, si éste era vencido, ya, por regla general, se retiraban del combate.

Pues bien: yo, señores, al tratar de demostraros que en España no vamos detrás del extranjero, no voy a empezar por lo que no puede ofrecer duda ninguna, es decir, por tratar de disciplinas de carácter puramente teórico; sino que me dirijo al punto fuerte, a la clave de la bóveda; a las *ciencias experimentales*,

pues son éstas de tal índole, que requieren mucho espacio, muchos aparatos, muchos instrumentos, muchos objetos de experimentación, mucho personal, *mucho fuego y mucha luz*. Una vez derrotado este formidable paladín, todo lo demás, como un castillo de naipes construído por un niño, vendrá a caer, para no volver a levantarse, al débil soplo de este mismo infante.

Señores, os prevengo que, para hablar la verdad (única habla que siempre conocí y jamás dejé), me he de ver en el caso ineludible de elogiar vuestra labor. No creáis que sea adulación, ni lisonja tan siquiera, pues el hombre sólo adula o lisonjea al hombre, cuando *teme* o cuando *espera* de él. Mas yo, señores, ni temo nada, ni espero nada. Sólo espero en Dios y sólo a Dios temiera, si no estuviese convencido de que su piedad infinita habrá de ser infinamente superior a mis pecados. En este caso ¿a qué hablar de cosas que no pienso, que no siento, que no creo?

Y ahora, con este *masage* un poco duro, he ido curtiendo vuestra proverbial delicadeza, que siempre, y en todos puntos fué extremada.

Y voy, cátedra por cátedra, asignatura por asignatura, así a los alumnos como a sus padres, como al mundo entero, a explicarles lo que aquí se hace, y a enseñarles lo que aquí se enseña.

XXI

Empecemos por la primera disciplina, práctica, que dentro de la Facultad se le presentá al que estudia para médico.

Ya por de pronto me encuentro con una anomalía tan difícil, que los siete sabios de la Grecia, para este solo objeto convocados, no hubieran acertado a comprender. Muchos alumnos, sin embargo, y muchos padres de los mismos se imaginan comprenderla. Entienden unos y otros que, siendo permitida la enseñanza no oficial para las operaciones de *Técnica anatómica*, se hallan dispensados *legalmente* de la asistencia a clase.

Y ahora me pregunto ¿qué significa la *incomparecencia legal* a la cátedra de *Técnica*, si no hay otro sitio que las Facultades oficiales, en que se presten cadáveres como materia de enseñanza? ¿Quién supondrá que el legislador pudo entender tal cosa, sino ignoraba que a nadie le es permitido particularmente, privadamente, *domésticamente*, echar mano de un cadáver de hombre o de mujer, de niño, ni de niña, para disecharlo, inyectarlo y destrozarlo? ¿Cómo se concibe que la enseñanza no oficial de *Técnica anatómica*, signifique *la sanción legal de no saberla*, ya que el nombre indica que se trata de una cosa delictiva, siempre que el alumno saliere del recinto de la Universidad oficial, y que a la manera de Vesalio, se fuere a buscar muertos allá donde se hallaren estos restos de hombre o de mujer? Yo no creo que esto estuviere en la mente del legislador, pues no concibo que los alumnos se matriculen, tengan *derecho* a la asistencia a cátedra y a la *práctica* de disecciones de cadáveres humanos; pero que no tengan el *deber* de asistir ni el *deber* de disechar.

Y que, con todo esto, puedan presentarse a exámenes, hoy precisamente en que está haciéndose una atmósfera muy densa, para que se supriman absolutamente los exámenes.